

—¡Cinco años! ¡No hay siquiera prescripción!— decía con una risa irónica, que interrumpía cruelmente sus meditaciones, y la hacía terrible, á ella, tan buena.

Después apartaba su pensamiento del lejano recuerdo, y lo volvía á la iglesia, á Susana Lestrade, al rincón de tierra que acababa de dejar, y veía en el horizonte borrarse sus colinas y sus techumbres rojas, y creía escuchar aún el alegre repique de las campanas de Suresnes.

En aquel día de primavera, en que el sol quemaba el verde de los árboles, entre los cerezos de los dos lados del camino y más allá de las alturas de Puteaux, aquel gran París blanco, con radios dorados en sus torres; en aquel feliz domingo, en que todos entonaban un himno á la vida, Noris Feraud se sentía morir de tristeza.

Al llegar á su hotel tropezó con Silvina, estupefacta, que le dijo:

—¿Tan pronto?... ¿No se ha divertido la señora?

—¡Oh, sí! He visto algo muy curioso.... : la recompensa de una joven honrada; y eso no se ve frecuentemente. ¿Hay algo de nuevo?

—Una carta, señora.

La doncella presentó el billete en la bandeja.

Noris palideció.

Era de Raimundo de Ferdys, que suplicaba á Susana le recibiese aquella noche misma.

—El señor de Ferdys vendrá esta noche. No estoy para nadie más que para él,—dijo á Silvina.

—Pero, ¿y el Gran Duque, señora?

—Para nadie (repitió Noris con disgusto); y menos para el Gran Duque.

XI.

Cuando Silvina entró en el saloncito blanco en que se hallaba Noris por las noches, Susana tuvo un momento de emoción, adivinando que Raimundo tenía que confiarle algo muy grave.

Así es que mostró alguna cólera cuando su doncella le dijo:

—¡No es el señor de Ferdys, señora!

—¿Y no os he dicho que no recibo?

—Es que.... si la señora supiese...., acaso la señora....

—¿Quién está?

—La señora condesa de Montepreux.

Noris se levantó súbitamente de su sillón.

¡La Condesa! ¿Qué capricho ó qué locura llevaba allí á Jacoba de Montepreux, y qué quería decir á la señorita Feraud?

Noris había notado la afectación con que la Condesa la había mirado desde la tribuna, y que en aquella mirada constantemente fija sobre su mismo

rostro, había cólera ú odio. La señora de Montepreux debía saber seguramente por René el proyecto insensato del príncipe de Chantenay, é, impulsada por los celos, acudía á suplicar ó á amenazar —pronto había de verse—á su rival.

—¡Extraña rival! (pensaba Noris.) ¡Una rival que odia y desprecia al que *la otra* ama tal vez!

El primer movimiento de Noris había sido de disgusto. ¿Por qué buscarla y turbarla en su soledad? Si hace un momento había abandonado ella el gran mundo, ¿por qué perseguirla hasta allí? Además, aguardaba á Raimundo, y toda su inquietud se concentraba en lo que éste le pudiera decir. El resto, no sólo le era indiferente, sino hasta odioso.

Tenía ganas de contestar que había salido.... Después tuvo lástima del dolor de la mujer que no temía hacerse anunciar en casa de Noris, y hasta sintió curiosidad por conocer lo que la Condesa tenía que decirle ó quererle imponer.

Hizo señal á Silvina de que podía entrar, y aguardó en pie, mirando maquinalmente por la ventana el efecto plateado del crepúsculo sobre los arbustos y las calles del jardín. ¡Así también, cinco años antes, y aguardando al Príncipe, había mirado los árboles y el parque Monceau en el salón del hotel Chantenay!.... ¡Ahora! ¡Oh, ahora iban á suplicarla á ella!....

—¿Y por qué?... ¡Porque tengo uñas!

Al entrar en el salón de Noris, Jacoba no tenía el aire suplicante. Vestida de negro y con sólo algunas cintas rojas, penetró llevando muy alta su hermosa cabeza altiva. Saludó á Noris con un gesto breve y apenas indicado, y dirigiendo instin-

tivamente en rededor suyo la mirada curiosa de las mujeres, dijo, sentándose delante de la joven, que le indicaba una silla:

—¿Adivinaréis por qué doy este paso loco.... é inconsiderado?

—Poco falta, señora Condesa (dijo fríamente Noris), para que lo calificuéis de comprometido. Y sonreía amablemente.

Llevaba una especie de bata de satin negro que la envolvía por entero, serpenteando por su cuerpo elegante y extendiéndose en larga cola por la alfombra.

Aquellas dos mujeres de vestidos sombríos, y sentadas frente á frente, parecían llevar el luto de un mismo amor.

A pesar de su aspecto altivo y de lo osado de todas sus acciones, Jacoba de Montepreux se sentía algo turbada, y el tono frío, aunque político, de Noris atajando una impertinencia en los labios de la Condesa, la había sorprendido.

Llegaba exaltada, exasperada, de Longchamps, donde durante una hora, horriblemente larga, había visto á Noris, muy rodeada, y hacia la cual no ocultaba su amor el príncipe de Chantenay. Jacoba había comprimido uno de esos sufrimientos que ocasionan una crisis nerviosa, y, terminadas las carreras y de regreso á su hotel, con el frenético deseo de averiguarlo todo por Noris, había acudido á su casa, diciéndose que si una condesa de Montepreux entraba á ver á una entretenida, debía entrar conservando su actitud altiva, ya que no su rango.

La vienesa parisiense no tenía, por otra parte, preocupaciones. Su capricho y su felicidad sobre

todo, y puesto que la señorita Noris le disputaba aquella felicidad, iría á arrancársela.... ó á comprársela. Ignoraba aún cómo había de tratar á aquella querida del gran duque Vassili, á la que el príncipe Beaumartel de Chantenay quería convertir en Princesa.

La sonrisa, entre burlona y cortés, de Noris contenía algo á Jacoba; quería dirigirle una conminación, y esperaba encontrar una criatura inquieta ó turbada al ver aparecer en su casa á una gran dama, y se encontraba á una mujer que en su actitud, tono y voz denotaba una gran seguridad y conocimiento del mundo.

Pero Jacoba no quería que fuese humilde, sino que cediese.

—Señorita (dijo, continuando la frase interrumpida y acentuándola): no quiero, con una persona franca y que me han dicho que es leal...., ensayar una diplomacia femenina.... ¡Amo al señor de Chantenay!

—Lo sé, señora.

—El señor de Chantenay me ha comprometido su palabra.

—Entra en sus costumbres,—dijo dulcemente Noris.

—El señor de Chantenay debe casarse conmigo.

—¡Ah!—dijo Noris, con la linda mano apoyada sobre el brazo del sillón.

—El señor de Chantenay me ha jurado....

—¿Daros su nombre? Reconozco en esas promesas su táctica. Es un terrible diplomático en materias de amor.... ¿Y habéis creído en su palabra?

—Os he dicho que le amaba,—dijo Jacoba de Montepreux.

Noris experimentó cierta tristeza al escuchar aquella voz, agresiva en un principio, y que se enternecía al hablar del Príncipe, verdadera estatuilla del egoísmo.

—Pues bien (exclamó Noris): ¡á mí también me juró hace cinco años darme mano de esposo!

Un relámpago de celos iluminó los ojos de Jacoba, á los que iban á acudir las lágrimas. Levantó la cabeza, no comprendiendo la melancolía de aquel grito de dolor de Noris, y confundiéndolo con una bravata. Todo el furor que la había llevado á la calle Jouffroy se reanimó bruscamente, como una brasa al ser soplada, y dijo con altivez, encarándose con la señorita Feraud.

—¿Luego es cierto que vais á casaros con él?

En aquella frase había tanto desprecio como desafío.

Noris se sonrió fríamente:

—¿Quién os ha dado esa noticia, señora?

Ella, á su vez, lanzaba la pregunta al corazón de Jacoba, para contestar con una ironía á su insolencia, y la Condesa, levantándose altiva, dijo á Noris, que permanecía en su asiento:

—¡El mismo Chantenay!

—Entonces (dijo Noris), ya veo que es cosa formal. ¿Y para hablarme de este matrimonio me honráis con vuestra visita?

—¡Para eso, porque no quiero que ese matrimonio se verifique!

—¿Y por qué no?

—¡Porque es imposible!.... ¡Porque el señor de Chantenay está loco!

—¿Os ama aún el señor de Chantenay?—interrumpió Noris, siempre fríamente.

Y levantaba estudiadamente sus hermosos ojos negros, buscando la mirada altiva de la rubia Condesa.

—No creo que os ame aún (siguió diciendo con una lentitud feroz, que hizo estremecerse á Jacoba). Y no porque no seáis bella para que se os adore, sino porque los amores del señor de Chantenay no son más que caprichos.... No ama: desea. Le habéis correspondido, y él no ama ya.

—¡Pues á vos os ama (respondió la Condesa), y vos habéis sido su querida!

Noris intentó conservar su sonrisa; pero el golpe era brutal, y una ligera contracción se dibujó en el rostro de aquélla.

—Si me ama ó cree amarme (dijo con dulzura), es precisamente porque yo no le amo ni siquiera le recibo.

La Condesa movió su hermosa cabeza de cabellos de ámbar.

—Si os ama, es porque ignora la mujer que sois; porque ignora que sois la que....

Se detuvo por una vaga piedad, lo mismo que antes se había dejado arrastrar por los celos.

Noris, que á la vez se había levantado altanera é insolente, la miraba agresivamente.

—¡La querida del Gran Duque! ¿Y creéis que el señor de Chantenay lo ignora? Creo, por el contrario, que si quiere casarse conmigo, es por eso.

La frase «casarse conmigo» hería á Jacoba como una puñalada. Cerró los ojos torturada, irritada, y al abrirlos nuevamente, dijo á Noris:

—¡Pero lo que no sabe sin duda el señor de Chantenay es que sois la querida de su primo!

—¿El señor de Ferdys?

—Ya lo oís,—dijo la Condesa.

¡Ferdys! ¡Aquella mujer, á quien no conocía, le hablaba, no ya de Chantenay, de quien no se cuidaba, sino de Ferdys, á quien amaba con todas las fibras de su ser!

Noris la miraba extraviada, estupefacta, preguntándose con qué derecho acudía aquella Jacoba á lanzarle como un ultraje aquel nombre adorado. ¿Qué le había hecho ella á la señora de Montpreux? Creía la Condesa que Noris le robaba á Chantenay.... ¡Á Chantenay!....

—¿Y creéis que diciéndole que soy la amante del señor de Ferdys os amaré más á vos?

—Sabrá, por lo menos, la verdad.

—¿La verdad? (dijo Noris sonriendo.) ¿Y creéis vos en la verdad de todo lo que cuentan los ociosos y los necios?... Os han dicho que yo era querida del señor de Ferdys, y encontráis muy natural venir á repetírmelo á mí misma. Hablemos franca y lealmente, puesto que venís en busca de una solución clara. Sois buena, hermosa, nacida para ser considerada y amada.... ¿Presto yo acaso oídos á lo que los envidiosos ó los necios puedan decir de vos, ahora que se habla calumniosamente de vos tanto como de mí?... ¡Oh, ya sé (continuó, viendo que la Condesa se ponía lívida al sentirse herida en su orgullo) que vos y yo no somos lo mismo! ¡Lo sé perfectamente; pero hay calumnias para todo el mundo! Escuchadme.... Es evidente que no nos volveremos á ver nunca; á no ser por vuestro dolor, no hubieseis venido á mi casa.... Creyendo que os robo el amor de vuestro prometido, de vuestro amador, de vuestro.... (elegid el nombre que deseáis dar al señor de Chantenay), aún queréis de mí

algo más; ¿el qué? Yo no sé: ¿venís acaso á ofrecerme comprarme mi negativa á la unión que el Príncipe me propone? ¿Cuánto vale un título de Princesa? ¡No me digáis el precio, porque os arrojaría de mi casa como se arroja á los que insultan! ¿Venís á suplicarme? No tenéis traza de eso. ¿Entonces á amenazarme?... ¡Tratar de asustarme!... ¡Veamos! ¿Qué es lo que queréis? ¡Pardiez! ¡Queréis vengaros de mí; decidlo pronto!

—¡Vengarme, no; quitaros la máscara, sí!

Noris se echó á reir.

—¿Á desenmascararme?

—Sí (dijo la señora de Montepreux), y á advertiros que diré al señor de Chantenay quién sois.

—¿Quién soy yo?

—Sí.

—¿Decírselo al señor de Chantenay?

—¡Al señor de Chantenay!

—¿Decírselo? ¡Lo sabe muy bien; es él quien me ha hecho lo que soy!

Noris había gritado estas últimas palabras con una rabia, en la que reflujó todo el pasado.

—¡Ah! ¡Podéis decirle (dijo) que estoy degradada y envilecida!... Lo estoy, porque le he encontrado á él en mi camino; y si vos creéis en su amor, si le amáis, si continuáis adicta á su inútil y gastada vida, vos seréis tan perdida como yo después de ser seducida! ¡Mi igual! Con la diferencia de que una mancha más ó menos sobre mí no se nota, y el lodo en vuestro armiño es la muerte de vuestro honor!

Jacoba de Montepreux estaba ante Noris derecha, muy pálida, mirando con un respeto instintivo á aquella morena joven, que cruzaba el salón de un

extremo á otro con los brazos cruzados, moviendo la cabeza violentamente, como si desafiase á algún enemigo invisible.

—¡Desenmascararme!... ¿Creéis que sería desenmascararme repetir al señor de Chantenay la calumnia que ha unido á mi nombre el del señor de Ferdys? ¿Y creéis también que ante semejante revelación se volvería atrás el señor de Chantenay del ofrecimiento que me ha hecho? ¡Vamos! Si no se casa conmigo, no es porque él tema el deshonor y el ridículo; es sencillamente porque yo no quiero.... ¡Es porque yo no acepto!... ¡Es porque yo no volveré á ver jamás al señor de Chantenay! ¡Es porque no es digno de mí!—concluyó Noris con un desprecio atroz.

Se detuvo de repente ante Jacoba de Montepreux, añadiendo atrevidamente:

—¡Ni de mí, ni de vos! No es digno de vos, señora; de vos, que le amáis, que le creéis, que daréis vuestra hermosura, vuestra fe, vuestra juventud á ese hombre, el más vil de los hombres!... El más vil, puesto que honrada me ha rechazado, y mancillada se casaría conmigo! Habéis venido á proponerme un contrato, del cual habéis hecho bien en no formular los términos. ¡Un contrato! ¡Pues bien! ¿Queréis que os dé un consejo? ¡Sí; yo, Noris, un consejo á vos!

La señora de Montepreux no respondía, asombrada al encontrar un alma, un dolor, una conciencia, donde creía no hallar más que una entretenida, y una conciencia que evocaba en ella ecos de virtud, de deberes, de felicidad destruída. Le parecía á Jacoba que en la brutalidad de lo que decía Noris había ternura, tristeza, algo instintiva-

mente consagrado, como si el dolor tuviese su francmasonería.

—¿Un consejo?

—Sí. ¡Que arrojéis al príncipe de Chantenay! ¡Despedidle, ó huid de él! ¡Oh! ¡No creáis que soy celosa y quiero separaros! ¿Yo celosa?... ¿Celosa de Chantenay?

Jacoba había hecho un movimiento, que Noris comprendió.

—¡Á Dios gracias, él ha desaparecido de mi vida!... Pero os veo entregada á él, enloquecida, puesto que habéis venido á mi casa para hablarme de él. Soy mujer, y al defenderos defiende á la mujer. ¡Arrancaos ese amor, cualquiera que sea el trabajo que os cueste! ¿Os ha dicho que os ama? Os ha mentido. ¿Ha jurado que se casaría con vos? Os ha mentido. ¡El señor de Chantenay miente siempre!... ¡Sois libre, y tenéis ante vos el porvenir asegurado, que yo no tenía! ¡Ah! Si tuviese vuestro hijo, pondría en él toda mi existencia; no tengáis más amor que el suyo. ¡El amor verdadero, que llena toda la existencia, le habéis hallado! ¡Yo envidio este amor; vuestro hijo!

—¿Charley?

Jacoba, instintivamente, había balbuceado el nombre inglés que se daba al pequeño, y mientras que Noris le hablaba de él, veía ante sí su cabeza rubia, los grandes ojos dulces, serios y tristes de Charley.... Aquel dulce Carlos, á quien abrazaba tan poco, que callaba ante su madre, y que saludaba correctamente al señor de Chantenay; el pobre Charley, cuya alegre charla no era más que para el aya, la doncella, los extraños.... ¡Querido Charley!

Y en aquel salón donde había entrado altiva Jacoba de Montepreux, se encontraba ahora á disgusto, turbada, teniendo prisa por desaparecer, diciendo á Noris:

—Sí... , acaso.... Tenéis razón....; es posible....

Noris dijo tristemente, queriendo sonreír:

—Tengo razón, pero le amáis.... ¡No me escucháis!.... ¡Decididamente no conocéis al señor de Chantenay!

—En cambio, os conozco ahora, señorita (dijo Jacoba), y os pido perdón por haber venido aquí para....

—¿Para comprarme?—concluyó Noris irónicamente.

—¿Me permitís que os estreche la mano?—preguntó la señora de Montepreux, no queriendo constatar.

Noris puso su mano entre las de Jacoba.

—Adiós, señora Condesa,—dijo.

—Adiós, señorita.

—Besad en mi nombre á vuestro hijo Charley.

Llevaba dulcemente á la madre el nombre de su hijo.

—Esos son nuestros verdaderos amantes: los hijos.

Jacoba de Montepreux, al alejarse, dejó caer sencillamente estas palabras, que eran como una acusación involuntaria, pero en las que Noris no quiso ver más que la ternura maternal:

—¡Sóis una verdadera mujer honrada!

Y con amarga sonrisa, sintiendo que todas sus tristezas refluían al corazón, Noris respondió:

—Sí; creo que en lo que soy, existe todavía algo de lo que fuí.

Estaba satisfecha de sí misma, pero ansiaba quedarse sola. ¡Con qué gozo escuchó rodar el carruaje de la Condesa por la calle casi solitaria!... ¡Á qué había ido Jacoba más que á torturarla, removiendo lo pasado?

Noris estaba asediada por el recuerdo de René. Habría querido arrojar de sí aquel peso, como se había libestado de la presencia del Gran Duque, y ser pura como la joven que esperaba á su prometido empeñado en el servicio militar. ¡Un prometido! ¡Cuán dulce debía ser este nombre, como el de *rosière* que pretendían las doncellas de Suresnes! El recuerdo de Susana Lestrade perseguía incesantemente á Noris, en aquella tarde de domingo en que París festejaba en bailes y restaurants el día de fiebre del gran premio: veía obstinadamente los velos blancos de comunión, y creía escuchar los sonidos acompasados del órgano. Parecía que la señora de Montepreux no había ido á su casa, que no le había hablado de René, que proseguía su sueño de honradez, comenzado en la iglesita de Suresnes.

Muy feliz debía ser aquella aldeana, que se llamaba como ella, y que no traspasaba en sus ensueños las realidades de la vida: el matrimonio, el trabajo, la maternidad, la vejez acudiendo antes por lo rudo de la labor.... Y éste hubiera sido, de poder comenzar á vivir de nuevo, el destino que hubiese elegido Noris, uniéndose al amado, y siendo madre, como Jacoba de Montepreux y tantas otras que le causaban envidia.

En estos pensamientos lúgubres é irreparables, le acometía la fiebre; y sintiendo latirle las sienes, subió á su tocador para humedecer su frente que

ardía, y allí, entre sus cepillos de marfil marcados con grandes cifras, junto á la cubeta de plata en que el agua límpida tomaba un tono ópalo por los perfumes, se sentó pensativa, soñando, desde el fondo de su lujo, en la agradable y pobre vida de la joven de Suresnes.

En aquel gabinete, amueblado como un salón, seguía aún, cuando el timbre del hotel, sonando exteriormente, la hizo estremecer. Estaba segura de que era Raimundo el que llamaba, y experimentó un sentimiento de temor, como si fuese á jugarse su vida en la media hora que iba á seguir.

Raimundo no solía anunciarle sus visitas por escrito, presentándose como un amigo. Aquella especie de advertencia por carta, daba á su visita una solemnidad que la turbaba. Noris no tuvo siquiera fuerza para bajar al saloncito en que acababa de recibir á la Condesa, y aguardó en su gabinete con las ventanas abiertas, por las que entraba el viento á mezclarse con los perfumes.

Y mientras aguardaba, sonaba en sus oídos el órgano de Suresnes, y le parecía que una voz indistinta, la voz de la otra Susana, murmuraba por lo bajo: «¡Tengo un prometido!...», y que la marcha de *El sueño de una noche de verano*, de Mendelssohn, saludaba la entrada de los novios en la iglesia. Después escuchó los pasos de Raimundo sobre la alfombra de las escaleras y del corredor, que aumentaba su angustia.

Cuando Raimundo apareció detrás de Silvina, Noris le envolvió en una mirada llena de ansiedad, y observó en seguida, en su palidez y en su aire resuelto, que él también acudía á jugar su última carta. Parecía muy conmovido, y cuando Noris,

incorporándose sobre su sillón, le tendió la mano, él, antes de estrecharla, colocó su sombrero sobre el mármol del tocador. Después se acercó á Noris, y, permaneciendo en pie ante ella, estrechó entre la suya aquella mano blanca, que salía de entre la seda negra, y dijo bruscamente, pero con un tono convencido y firme, en que vibraba toda la honradez de su alma apasionada:

—Vengo á veros, acaso por la última vez, Susana; pero lo que voy á deciros, es sagrado como un juramento. ¿Me amáis, no es cierto?

—¡Con toda mi alma! ¡Pero qué solemne estáis hoy, mi querido Raimundo!

Quería sonreír, y aquel nombre querido de Susana, que le hacía estremecerse siempre que Ferdys lo pronunciaba, le parecía hoy mejor. Veía á Susana Lestrade con un velo blanco, arrodillada y coronada de rosas. Pero se sintió fría y temerosa cuando Raimundo de Ferdys, siempre resuelto, le dijo:

—Yo también os amo, como no ama nadie. Durante cinco años he vivido con vuestro recuerdo, y en diez meses, á vuestro lado, con vuestro aliento y vuestro encanto. Nada sé de lo que soís ni de lo que habéis sido, porque vivo por vos, con vos y para vos. He reflexionado mucho, he pensado todo antes de dar este paso, y os amo bastante para no arrepentirme nunca y para ser dichoso siempre... Susana, ¿me amáis bastante para ser mi esposa? Yo no tengo otra ambición, otra alegría ni otro deseo que ser vuestro marido.

—¿Yo..., vuestra esposa?

Y soltó su mano de la de Raimundo, como si hubiera sufrido un sacudimiento eléctrico, quedándose pálida como una muerta.

—¿Vuestra esposa?

¡Su esposa!

¿Se había vuelto loco Raimundo?

Y sentía bullir en su cerebro mil ideas confusas y delirantes.

¡Su esposa!

¿Sería aquello una apuesta? ¿Qué es lo que Ferdys decía?

—Os repito que la determinación que he tomado, como todas las de mi vida, nace de un debate con mi conciencia. Os amo, y si consentís en seguirme como á vuestro esposo, os llevaré lejos de aquí, arrancándoos de esta vida para la que no habéis nacido, de este lujo mentido, de estos falsos goces, de todo lo que aborrecéis lo mismo que yo: os ocultaré á todas las miradas, no sé dónde; pero en el fin del mundo se puede vivir en paz y olvidado, y no pido más, Susana, que veros sonriente y amaros de rodillas.

—Vamos.... vamos (dijo Noris, con temblorosa voz). ¡Me decís todo eso para burlaros de mí!

—Os digo eso, porque os amo, porque á vos sola he de amar, y porque quiero consagraros mi vida.

—¿Vuestra vida?... ¿Se os ocurrirá esa locura porque vuestro primo quiere cometerla?

—No me habléis de Chantenay (dijo severamente el marino): os he dicho que le olvidaba, que olvidaba todo, *todo*, ¿lo comprendéis? Chantenay fué la causa de vuestra caída; ¿por qué no he de serlo yo de vuestra salvación? Soy libre en mis actos, no dependo de nadie, y os adoro. ¡Dejad esta habitación y cuanto os rodea, y partamos!

—No estáis en vuestro juicio.

—Te digo que he reflexionado y que te amo. Mi

dimisión está extendida y pendiente de una palabra tuya.... Se la mando al Ministro, y desaparezco; pero contigo, y este París no vuelve á oír hablar de Noris ni de Ferdys. ¡Pero lejos, muy lejos de él, habrá dos seres amantes y felices!

Se había inclinado hacia ella, dejándose deslizar sobre el asiento, y rodeándola con sus brazos sentíala estremecer. Así, junto á su rosada oreja, murmuraba las frases tiernas que el amor dictaba á sus labios, acostumbrados á las austeras voces de mando, del deber y del peligro.

—Mira, Susana; desde mi regreso á París he envejecido diez años, y en el descorazonamiento de esta existencia, te he comparado, te he adivinado.... Tú eres leal y honrada...., arrastras orgullosamente una falta que no es tuya.

—*¡Me sobrevivo!*—dijo amargamente la joven, citando su lema.

—¡Pues bien! ¡En lugar de sacrificar mi vida á otros, quiero sacrificártela!

Noris se estremecía. Aquella voz le causaba una sensación deliciosa, y, como mareada por los perfumes, dejó caer poco á poco su frente sobre el hombro de Ferdys.

—Pero vuestro porvenir....—dijo tímidamente.

—¿Mi porvenir? ¡Qué engaño! Soy un necio queriendo consagrar mi existencia á los que se burlan de mí, tratándome de soñador.... Vuestro padre perdió así la vida, y yo he visto de cerca muchas necesidades y muchos egoísmos.... Estoy desilusionado. El valiente General que me había llamado junto á sí para barrer todo lo que es rutina, polvo y necesidad, el almirante Pradier de Resnel, está causado como yo, y se vuelve al mar....

¡Tiene razón! Que las gentes se pierdan ó se salven por sí solas; ya que no aprecian los esfuerzos de los demás, lo mejor es dejarles luchando con su incuria.... Yo, por mí, quiero ser egoísta y dichoso.... ¡Dichoso contigo, Susana, contigo!

Ella cerraba los ojos, y sentía ímpetus de exclamar abrazándole: «Sí; huyamos, amémonos, vivamos solos, ya que el mundo no merece un sacrificio». Y le miraba, encontrando en los ojos de Ferdys una llama ardiente y colérica.

—¡Ah! (dijo.) ¡Si yo aceptara, cómo me aborreceríais después!

—¿Yo aborrecerte?

Y quería enlazarla con sus brazos.

—¡Cómo sería maldita la que hoy es adorada!

—Serías siempre lo que serás mañana, si quieres. ¡Mi mujer! ¿Lo oyes? ¡Mi mujer!

Anocheecía, y las sombras empezaban á rodearles. La pobre Noris sentía palpar su corazón violentamente. ¡Cómo le torturaba con aquella tentación y aquella alegría Raimundo!.... Y por las abiertas ventanas, el aire parecía llevarle un vago y vibrante repique de campanas...., un repique semejante al de las campanas de Suresnes.

De repente se levantó, como loca, y exclamó:

—¡Es imposible!

—¿Por qué?

—Porque tenéis otro destino que casaros conmigo.

—Mi oficio me pesa; carezco de ambición, y el patriotismo es un engaño. El porvenir se reserva para los intrigantes. No quiero seguir con unos cuantos necios, sacrificándome por todos los demás.

—Os engañáis: las personas como vos, son

siempre una excepción. Convengo en que no sois ambicioso ; pero un Ferdys no sirve á su patria por ambición, sino por deber.

—Ya lo he cumplido, y ahora busco la felicidad.

—¡Ah! Entonces sois más ambicioso todavía.... La felicidad no está aquí, amigo mío.

—¡Está donde tú te hallas, porque te amo!

—No se ama más que lo que se estima. Yo soy la querida del gran duque Vassili. ¿Queréis que os desprecien por hacerme vuestra esposa?

—¿Y quién ha de despreciarme? Hombres inútiles como Chantenay, ó mujeres locas como la señora de Montepreux.... ¡En la soledad á que voy á llevarte no nos alcanzarán esos desprecios! ¡Iremos á otra tierra y á otro cielo, y renacerás!

Noris sentía en su corazón estremecimientos de alegría, de amor sin límites, y sentía tentaciones de responder á la locura de Ferdys con otra locura suya, abandonándose á aquel esposo que, en su misantropía de veintiseis años, sediento de lo absoluto, no veía más que á ella y pisoteaba todo lo que no fuese ella. Pero le parecía que hubiera sido abusar de aquella fe viril, como Chantenay había abusado de su fe virginal. Toda su honradez, toda su lealtad puestas á prueba por aquel ser adorado se rebelaban ante sí misma, y ahogando el grito de amor que le subía á los labios, queriendo que él arrancase de su cerebro aquella idea loca y absurda de un matrimonio imposible :

—¡Veamos (dijo, tratando de parecer tranquila y de despoetizarse para hacerle desistir); vos no conocéis el mundo, y creyendo salvarme, os perderíais!

—¡Pero seremos dichosos!—repetía Ferdys.

Ella, en un grito en que ahogó la tentación de cesar en su defensa, y que se cambió en una cólera nerviosa, exclamó :

—¡Y lo cree así! ¡Lo cree!

Después, cruzando los brazos y mirando á Ferdys, siguió :

—¿Me juzgáis la mujer ideal, leal, honrada, á la que un alma caballeresca como la vuestra debe perdón y desquite? Os engañáis. ¿He tenido yo la paciencia del sufrimiento? ¿He tenido yo valor para luchar? Mirad en torno vuestro. ¿Estáis en casa de una desgraciada á quien se rehabilita, ó en la de una miserable á quien se compra? Sí, he tenido la debilidad de juzgar leal al príncipe de Chantenay, y hoy para mí es un miserable. Pero, al día siguiente de mi decepción, ¿he aceptado valerosa y honradamente el papel que me correspondía? No: me he dejado arrastrar por la cólera, por mis instintos, ¿qué sé yo? Me he arrojado á la mala vida por venganza y rabia, y he permanecido voluntariamente en el fango. ¿Valgo yo más que las otras? ¿No me vendo yo como Margarita Brunier, la ex-querida de vuestro padre? ¡También ella fué engañada y arrojada al arroyo por un miserable...., como cayó la señora de Montepreux, como todas las mujeres, pues para perder á una mujer hay siempre un hombre perdido! Pero con mi locura y mis ansias de venganza, ¿no hubiera caído yo en el fango como todas, á no ser por el gran duque Vassili?

—No (dijo Raimundo); habríais muerto.

—Ya veis que no, puesto que vivo. Creedme, Raimundo; no merezco que un hombre como vos manche su vida. ¿No sabéis lo que es una mujer perdida? Pues miradme á mí, y lo sabréis.

Y se arrancaba á sí propia violentamente, como una corona que hubiera manchado, la aureola que la envolvía. Se envilecía para que él la despreciara.

Entonces, él, suplicante, extendió hacia ella los brazos como para retener una visión que huía: la de su único amor, el amor de los veinte años y de toda su vida.

Pero Noris retrocedió como ultrajada, y dijo con voz que traducía todo su sufrimiento:

—Me desprecio para ser tu esposa....; pero te despreciaría si quisieras convertirme en tu querida. ¡Vete!

Y repitió con desgarrada voz y con un dolor en que ponía todo su ser:

—¡Vete!

Y mostraba al hombre á quien adoraba, la puerta entreabierta, por la que iba á llevarse todo cuanto había de amor en el hotel desierto.

—Susana.... (dijo él): ¡tú no lo has querido! ¡Has rechazado mi amor, mi nombre y mi vida!

—No los quiero, Marqués. Hay mujeres honradas que pueden llevar ese nombre.

—Yo no sé dónde iré (dijo Raimundo, medio loco); ¡pero me haré matar en un rincón como un perro!

—Pues bien, mi querido Raimundo; esa muerte, digna de un Ferdys, sería más gloriosa que nuestra vida lejos de París!

—¡Lejos de vuestro lujo y de vuestro gran duque Vassili!—exclamó desesperado.

La pobre Noris iluminó su rostro lívido con una dulce sonrisa de mártir.

—¡Vamos, ya veis que he hecho bien en negar-

me!.... ¡Vos, que sospecháis de mí ahora, me insultaríais después!

—¡Susana! ¡Estoy loco; pero loco de celos!.... ¡Perdóname, Susana!

Ella seguía sonriendo tristemente.

—Os perdono,—dijo.

—¿Y no quieres seguirme?

—No,—exclamó con firmeza.

—¡Ah! (dijo Raimundo, sollozando.) Mi vida ha terminado.

—Ya me olvidaréis,—dijo ella.

Entonces, en el dintel, Raimundo repitió aquella frase que ella le había dicho en una mañana de Abril, cuando cabalgaban por el Bosque de Boulogne:

—¿Se olvida acaso?

—Depende de los corazones,—dijo ella.

Raimundo había partido.

Noris permaneció un instante esperando, no sabía qué, que él subiera de nuevo, que suplicase, que exclamara: «¡Te has calumniado para rechazarme! ¡Tú no eres la miserable criatura que has pintado!»; pero no subió: el ruido de sus pasos se fué alejando por el corredor y las escaleras...., sonó el ruido sordo de la puerta, como la tapa pesada y fría que cubre una tumba.

Entonces Noris se dejó caer sobre el sillón en que poco antes estaba sentada, y cuando Silvina entró luces, la encontró extendida en tierra, llorando.

La doncella se inclinó á ella, pensando en alguna desgracia, y tocó á Noris en el hombro, causándole el efecto de una sacudida eléctrica. Noris se levantó avergonzada; limpióse bruscamente los ojos, y al balbucear Silvina alguna frase tímida que indicaba sus inquietudes:

—No es nada.... (exclamó Noris). El amor es como las muelas, que duelen para salir y para arrancarlas. ¡Dejadme sola, hija mía!

El día siguiente, después de una noche pasada con el sangriento recuerdo de sus ilusiones muertas, Noris se levantó con un profundo disgusto de la vida, y preguntó si no le habían llevado ninguna carta.... La carta estaba allí. Se precipitó sobre ella, consultando la letra, y conoció que no era de él. Era de René Beaumartel de Chantenay, que, no recibiendo contestación, escribió de nuevo, pidiendo, como Ferdys el día anterior, una entrevista.

Entonces Noris, semidesnuda aún y febrilmente, se acercó á su escritorio, y con rapidez y temblorosa mano, escribió:

«Ayer he aborrecido más que nunca al hombre que me mintió para perderme. Por última vez pronuncié vuestro nombre delante de una mujer que os ama hoy todavía, pero que mañana os despedirá, y delante de un hombre que, de querer yo, hubiera convertido en esposa suya á vuestro antigua querida. Ahora, seguid vuestro camino, y dejadme libre y sola. Lo más que puedo hacer por el príncipe Beaumartel de Chantenay, es creer que ha muerto envuelto en mi desprecio.»

Y firmó con el nombre novelesco, romántico, detestado, que su padre le había impuesto, que los revisteros traían y llevaban en sus artículos, y que nunca le había dado Raimundo:

NORIS.

XII.

Un día de Mayo, frío como uno de otoño, obscuro y triste, daba al jardín de la calle Jouffroy un aspecto desolado y frío.

Noris ha querido que se encendiese fuego aquella mañana en la pequeña biblioteca, donde acostumbra á estar en el hotel, cada vez más solitario. En el jardín, el viento destruye, hace caer como copos de nieve las blancas flores del castaño, y silba entre las ramas una brisa lúgubre de las que encaminan el pensamiento de los dichosos hacia los marinos que navegan.

Hace un año, cerca de un año, que Ferdys ha marchado, y no le ha escrito nunca desde aquella tarde de Junio, en que, en el dintel de la puerta, arrojó aquel último grito, desolado como un sollozo: «¿Se olvida acaso?»

Y desde hace un año, Noris ha arrastrado la vida que se ha creado, monótona y triste bajo